Ojos de Dragón

Llevé una copa de cristal frágil
y mortífera a su vez,
en el hueco de mis manos, al fenecer
mi tierna inocencia, que las líneas de mi palma
se quemaron esa noche en viles humores,
marcadas con el hierro de lo obsceno;
tatuado indeleble, quedó en mi cerebro
el lengüetazo de un sátiro impuro
forjando como un signo,
el claro sino para años futuros,
la cadena, soga, cepo maligno,
la trampa de un hechizo sin conjuro.

Entré en los laberintos del Minotauro
ceñudo el sucio monstruo entró en mis ojos,
me apresó en el reino de lo prohibido.
Busqué ardores que me acercarían fuegos,
me deslicé ambiguo y sinuoso
entre las grietas de la luna sin noche
descalzo como un penitente y
oculté en tantos brazos mis reproches.

Emprendí una interminable cruzada
rumbo al confín alienable del horizonte
entre las ansias de la madrugada,
apurando a tragos una oceánica sed
infinita, en los mares de las miradas.

Entré, mi cuerpo y mi alargada sombra,
a la húmeda zona de las mazmorras,
con estos pies que mandaban en mi cabeza;
obnubilada, hacia un carrusel de giros
de unos tórridos jinetes asidos a riendas
ardientes, a deseos de albos hierros vivos.
Entre éxtasis de finales del mundo
se iban cosiendo a mi alma las tinieblas
y un creciente apetito anidó en mi boca
y entre mi saliva broto la yedra.

Entré en un túnel sin salida de emergencia
sin puertas bloqueadoras de las llamas.
Me abrasaba en una pira de turgencias
imparable recorría un senda homérica
entre guerreros verdugos de la inocencia.

Entre el brumoso bosque encontré corderos
como yo, en las fauces de los lobos,
y sus despojos a la orilla de los senderos.

Debí entender en la débil carne ajena
la acerada frialdad de los barrotes,
el tamaño claustrofóbico de mi celda.

Cuando mi soledad roía las paredes
mi angustia arañó la dura piedra
y un rayo insolente se abrió camino
hacia este corazón entre barreras,

como un fanal que alumbra las sendas
que no supe ver hasta el instante,
en que el rayo conjuró la nube negra.
Entré en la luz, caído el vendaje
entre el fulgor puro, rayó cegadora,
mi vida despertando de una pesadilla,
tras peripatética travesía aleccionadora

Hice un hueco, en mi usada mochila
a los sórdidos maderos, ejes de mi vida,
a las espinas afiladas de mi corona,
junto a mis sueños que renacían.
Deje atrás la travesía por el desierto
herido y en los pies rubíes de llagas,
mi ser fortalecido al fin despierto,
entra ramificado, más complejo de trazas.
Con huecos, con marcas, con aristas,
como un audaz héroe de la razas.

Terrassa, 25 de junio 2017

MARVILLA©